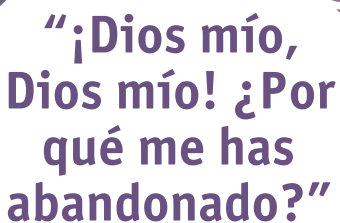




Dulce Perfume



**“¡Dios mío,
Dios mío! ¿Por
qué me has
abandonado?”**

Suspiró Jesús, colgado en esa cruz de madera con su cuerpo bañado en sangre y sus manos perforadas. Luego dejó de respirar.

¡No! ¡Tú eras mi única esperanza! En realidad moría por correr hacia él y sacudir su cuerpo. Pero en vez de eso me hincé de rodillas:

**“¡Jesús no me abandones,
si tú fuiste abandonado
por Dios, entonces qué
será de mí!”**

Uno de los soldados, tomó una lanza y se la atravesó en el costado. El hijo de Dios estaba inmóvil. Estaba muerto. Su cuerpo fue bajado de la cruz y llevado a una tumba. Mientras tanto yo permanecí con sus discípulos.

Con mis ojos inundados de lágrimas, me preguntaba como Jesús me había salvado de mi pasado y de mi futuro y no había sido capaz de salvarse a sí mismo.





Hace algunos meses
me encontraba
en un salón
lleno de gente,
sosteniendo en
mis manos un frasco
de perfume, mientras
lágrimas incontables rodaban
por mis mejillas. La gente de mi
pueblo me miraba con desprecio.
Trataban de evitarme, como si tuviera
una enfermedad contagiosa. Aquel valioso
perfume era lo único bueno que me quedaba
y planeaba usarlo en mi propio funeral.

En ese lugar, repleto de gente,
Jesús fijó su mirada en mí, me
vió tal y como soy. El conocía mi
pasado, mi presente y mi futuro.
El conocía toda mi vergüenza
y a pesar de todo, lo único
que podía ver en sus
ojos era su amor
hacia mí.

En ese momento tuve el deseo de hacer algo
por la única persona que me había prestado
atención. Noté que sus pies estaban llenos de
polvo, entonces corrí hacia él. Luego traje un
recipiente lleno de aquel valioso perfume.

Caí a sus pies y mientras los besaba
incesantemente, los humedecía con mis
lágrimas y los secaba con mis cabellos.
Las voces desaparecieron y yo intentaba
contener mis sollozos, pero no tuve éxito.
Nadie aparte de Jesús me había mirado
nunca antes con tanto amor.



Jesús le dijo a Simón, aquel sacerdote hipócrita anfitrión de la fiesta: "Tengo que decirte algo."

"Dos hombres le debían dinero a cierto prestamista. Uno le debía quinientas monedas de plata, y el otro cincuenta. Como no tenían con que pagarle, les perdonó la deuda a los dos. Ahora bien, ¿cuál de los dos lo amaré más?" – "Supongo que aquel a quien más le perdonó;" contestó Simón.

"¿Ves a esta mujer?" Jesús puso su mano sobre mi cabeza; eran manos tan delicadas capaces de calmar mis sollozos. "Cuando entré en tu casa, no me diste agua para los pies, pero ella me ha bañado los pies en lágrimas y me los ha secado con sus cabellos. Tú no me besaste, pero ella, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con aceite, pero ella me ungió los pies con perfume. Por esto te digo: si ella ha amado mucho, es que sus muchos pecados le han sido perdonados. Pero a quien poco se le perdona, poco ama."

**Me quedé
sin respiración.
¿Significaba esta
historia lo que yo
creía? ¿Que había
sido perdonada?**

Las manos ásperas de Jesús levantaron mi cabeza y me ayudaron a ponerme sobre mis pies. Mirándome a los ojos me hizo sentir el peso de mis pecados, pero luego dijo:

“Tus pecados te han sido perdonados”.

Mi rostro se ruborizó al escuchar los murmullos en el salón. Alguien dijo en voz baja: “¿Quién es este que dice tener el poder de perdonar?”

Deseaba esconderme, pero la mirada de Jesús me atrapó.

“Tu fe te ha salvado, vete en paz.”

Situé mi frasco roto a los pies de Jesús con una sensación de ligereza que no había sentido nunca antes. Respiré profundo, aceptando y dejándome llenar por la esperanza nueva que había recibido.

De repente alguien me abrazó fuertemente. Tan fuerte que sentía que me faltaba el aire y una mujer dijo sonriendo:

“¡Jesús es increíble, Él puede cambiar vidas!”

Así es como terminé entre los discípulos de Jesús después de su muerte en la cruz. Nos refugiamos en una habitación lejos de las calles concurridas para llorar la muerte de aquel hombre que nos había ofrecido nuevos horizontes. La vergüenza de mi antigua vida me atormentaba. Pero ahora sé que he sido perdonada.

El primer día de la semana las mujeres prepararon las especias aromáticas para el cuerpo de Jesús. Con tristeza nos dirigíamos hacia el sepulcro y sabíamos que no podríamos remover la piedra que cubría la entrada y que debíamos pedir ayuda a los soldados, pero cuando llegamos, la piedra ya había sido removida.

“No hay nadie aquí.” dije asomándome a la tumba.
¿Quién sería capaz de tomar a un hombre muerto?

“¿Por qué buscas entre los muertos al que vive?
Al voltearme vi a dos varones en vestiduras resplandecientes parados al lado de la lápida. ¡No está aquí, ha resucitado!”

**¡Jesús
vive! ¡Hay
esperanza! ¡Mis
pecados han sido
perdonados!**

